

Visto y oído

EL VENERABLE VASCO-FILO HUGO SCHUCHARDT HA MUERTO

Ha muerto en Gratz uno de los patriarcas de la ciencia lingüística: el querido y venerado Hugo Schuchardt.

Tenía ochenta y cinco años. Su cabeza era ya la cumbre nevada, la altitud que ha embebido claridad cerca del cielo.

Cien veces se oyó llamar el primer filólogo de su tiempo. Recientemente, en sus bodas de oro con la Universidad, se lo dijeron las voces más doctas de la tierra.

Era de Gotha, como Juan Federico Blumenbach, el Magister Germaniæ y el príncipe de los geólogos.

Nació en 1842, fecha que la juventud sitúa como remota en el tiempo.

De los hombres que bullen en 1842, ¿quién reclama gratitud todavía? ¿Buckingham, Lesseps, Espartero?

Estudió Hugo Schuchardt con Friedrich Díez, fundador de la filología románica, a quien Goethe, ya viejo, se ufanaba de conocer. A los treinta y un años explicaba Schuchardt, en Halle, la asignatura de su maestro, y tres años después era catedrático de Gratz, donde crecieron sus días y sus obras.

La primera que entregó a la estampa fué «Vocalismos del latín vulgar», que se debate aún entre lingüistas muy versados. Exploró más de treinta idiomas para dilatar los dominios de la lingüística.

La sabiduría es en su origen don de lenguas, don de universalidad, don comunicativo y, desde el pentecostés, de fuego.

Tuvo Schuchardt esa aptitud de la sabiduría para captar idiomas.

Se le ha comparado con Mezzofanti, el cardenal boloñés, conservador de la Biblioteca del Vaticano, que hablaba cincuenta y seis idiomas, y entre ellos, por cierto, el vascuence.

En el estudio de los idiomas templó el maestro de Gratz su «método», hoy famoso en el mundo. Contendió Schuchardt mucho, y sabía amarrar su dialéctica de modo irrefutable. Estudió también el vascuence, y tuvimos la dicha de que la lengua que nos brezó la cuna le apasionara. Su primer tributo al vascuence («Baskische Studien») data de 1893. En 1900 dió a las prensas su edición de lujo del «Licarrague».

D. Julio de Urquijo comunicó con él, y este diálogo ha sido fecundo para el país. La «Revista Internacional de Estudios Vascos» ha acogido la labor más interesante del maestro.

Después de Guillermo Humboldt, la doctrina del iberismo del vascuence había declinado. Llegó hasta caer en desgracia. Schuchardt infundió una segunda vida al iberismo, si bien con otras razones que Humboldt, el inolvidable político, escritor y viajero.

El amor de Schuchardt por el vascuence no era el amor, que llamaremos frígido, del hombre de ciencia. Se encariñó el sabio con nuestra lengua, y no hace mucho aún la requirió en estrofas que le fluían desde muy dentro del pecho.

Américo Castro publicó hace tiempo, en una revista de Madrid, un ensayo biográfico sobre Schuchardt. Recordaba Castro el opúsculo del lingüista sobre los cantos flamencos. No es oportuno imaginar que el interés del sabio por el vascuence no difería de su interés por la fonética andaluza.

... chardt, además de vascólogo, era vascófilo, por lo que su muerte será sentida entre nosotros; y su entusiasmo por nuestra vieja y bella lengua fué tal, que repetidas veces me escribió que, aun «in artículo mortis», consideraba al vascuence como su lengua preferida. Perteneció a más de cuarenta Academias, y cuidó de que en su escuela mortuoria figurara, entre otros, su título de miembro de honor de la Academia Vasca.

Si hubiera de relatar lo que la «Revista de Estudios Vascos» y yo personalmente debemos a Schuchardt, este artículo se haría interminable. Algún día verán la luz los cientos de cartas que acerca de nuestras cosas nos escribió a Georges Lacombe y a mí.»

La lingüística pierde a su gran patriarca. Las provincias vascongadas pierden a un gran amigo.

Y hay que decir de nuevo y siempre, porque es verdad que nos amarga, que los unos se van, y los otros... no vienen.